



ISLAS, 47(145):144-147; julio-septiembre, 2005

Enrique Piñeyro *En Honor del Quijote*

M

iguel de Cervantes nació en 1547 y murió en 1616. En el siglo último, es decir, en el año 1847, no fué por de contado posible a España celebrar tranquilamente el tercer centenario del nacimiento del grande hombre, pues en estos días otros quehaceres menos agradables la desazonaban y embargaban, desgarrada como estaba entonces la nación por las pretensiones de tantos generales ambiciosos.

Ahora es costumbre bien establecida celebrar las fechas importantes de la historia literaria y política de todos los países, y Cervantes, claro está, tiene más derecho que ninguno a ser constantemente recordado y exaltado. Pero esperar hasta el 1947 para conmemorar el fausto suceso de su nacimiento es consuelo remoto, y el aniversario de la muerte, que está más próximo, es cosa por fuerza triste que no se acomoda bien a festejos y banquetes. Por esto sin duda se ha decidido aprovechar la coincidencia feliz de cumplirse en 1905 y en este mismo mes de enero tres centurias de la aparición del *Quijote*; mejor dicho, de la primera parte de *Don Quijote*, pues la segunda, que Goethe y algunos buenos críticos ingleses consideran superior, no se publicó hasta 1615.

Débese a la Real Academia Española la iniciativa de esta conmemoración, pero el primer cuerpo oficial que ha celebrado la fiesta ha sido la *British Academy* en muy lucido banquete el 25 de enero en el local de la Sociedad de Anticuarios de Londres, al que, entre muchos, asistieron historiadores, poetas, sabios, profesores, Bryce, Edmund Goss, Lord Reay, Gollancz, y en el que oyeron todos con interés un trabajo de primer orden de Mr. J.

[144]





Fitzmaurice-Kelly sobre la influencia de Cervantes en la literatura inglesa, trabajo de sólida, impecable erudición, digno ³/₄ como del extracto publicado en el *Times* bien se comprende ³/₄ de quien en Inglaterra es llamado el primero de los cervantistas; y por mi parte no sé si en otra región, si en España misma ha demostrado alguien en nuestros días conocer mejor a Cervantes que Fitzmaurice-Kelly en su edición del texto primitivo y en los prólogos admirables del Cervantes completo en inglés, de que lleva ocho volúmenes publicados una casa editora de Glasgow.

Nada nuevo hay en realidad ahora que decir sobre la inmortal novela, nada que agregar a lo que tantos ilustres admiradores han escrito. Habría que quitar más bien que añadir, suprimiendo no poco de los comentarios de los cervantófilos exagerados, que en España han pretendido convertir al autor en ídolo y su obra en monumento misterioso lleno de significaciones abstrusas e insondables profundidades. Ambas partes del *Quijote* se encuentran hoy minuciosamente escudriñadas por eruditos muy sagaces, como nunca otro libro castellano lo ha sido. No es esto negar que aun queden puntos oscuros, pormenores inexplicados, quizás inexplicables. Ignórase siempre el nombre verdadero del llamado Avellaneda, no se comprende por qué motivo copió Cervantes servilmente y ensartó en la dedicatoria frases enteras de la edición de poesías de Garcilaso hecha por Herrera. Hasta ayer no se fijó bien cuál era la primera edición de la obra y todavía no está bien averiguado que eran los “duelos y quebrantos” que comía los sábados el ingenioso hidalgo, pues la explicación de Pellicer no a todos satisface. *Et sic de ceteris.*

Vamos en suma conociendo bien el *Quijote* y en muchos casos ha bastado la evidencia interna para aclarar las dudas. También a Cervantes lo vamos conociendo mejor, gracias a multitud de documentos que en estos últimos treinta años han aparecido y completado de un modo por lo menos parcialmente definitivo los rasgos de la interesantísima figura, permitiéndose fijar el hombre mismo conforme a datos auténticos, a hechos incontrovertibles, imaginarlo tal como fué y tal como luchó contra los azares de una vida miserable y arrastrada, cual quizás no se encuentra otra más triste en la historia de las literaturas.

[145]





Cuando Cervantes, después de sus cinco años de soldado en las guerras de españoles e italianos contra el Turco, volvía a su país, fué, como es sabido, apresado en el mar por piratas berberiscos y llevado a Argel, donde vivió como esclavo otros cinco años. Entró por fin libre en España en 1580, y media, desde esa fecha hasta la de la publicación del *Quijote*, un espacio de veinticinco años desgraciados, en que sin exageración puede afirmarse que apuró hasta las heces el infortunio. Establecido en Madrid intentó en balde vivir del producto de su talento literario. Ni *La Galatea* ni las dos docenas de comedias que compuso lograron ayudarlo a subsistir decentemente; despechado salió en busca de un empleo del gobierno, creyéndose a ello con justicia acreedor por sus servicios militares y su martirio de Argel. Esta nueva carrera no le resultó mejor. Nombrado proveedor auxiliar de la Invencible Armada trájole el cargo sobre todo sinsabores; en dos ocasiones varios meses de prisión y por último expulsión ignominiosa del servicio público por irregularidades en sus cuentas. En el intermedio había solicitado en vano un empleo vacante en América por medio de memorial muy razonado al pie del cual puso Felipe II, por fortuna: *Busque por acá en que se le haga merced*, pues muy probablemente si se embarca no hubiera habido *Don Quijote*. Vivió de ahí en adelante bajo la perpetua amenaza de nuevo encarcelamiento, amenaza que más de una vez se trocó en palpable y punzante realidad durante los años en que, náufrago de la vida, luchó en Sevilla, sumido en abyecta pobreza, probablemente como memorialista o escribiente público, la más humilde de las ocupaciones que la mala suerte podía imponer a un hombre de talento, hasta que la Real Hacienda, no dándose por satisfecha con la prisión por él sufrida y deseosa de finalizar su expediente y liquidar su situación, le ordenó comparecer en Valladolid, la corte, a principios de 1604. Convencida al fin de que no era posible extraer de tan pobre deudor la suma exigida, se abstuvo de perseguirlo más. Pero diríase que había siempre donde estaba algo que lo empujaba a la cárcel, pues allí mismo, en Valladolid, cuando ya había aparecido la obra maestra que había de ponerlo a la cabeza de los españoles pasados, presentes y futuros, un alcalde de casa y corte dictó contra él y toda su familia auto de prisión en la causa seguida con motivo de la muerte de un don Gaspar de Ezpeleta. Y a la cárcel fueron todos inocentes; a los pocos días el

[146]





alcalde puso a Cervantes en libertad bajo fianza, y la causa paró en nada. Basta recorrer ese sumario, que se ha publicado hace poco conforme al original que existe en la Academia, para darse cuenta de la condición, triste bajo todos los conceptos, en que vivía Cervantes.

Al viaje a Valladolid debióse en cierto modo la publicación del *Quijote*, pues dió entonces con editor que le comprase e imprimiese el libro, acabado ya meses antes, comenzado, como en el prólogo advierte, en una (no se sabe cuál) de las diversas cárceles en que estuvo encerrado.

La obra vendida por un pedazo de pan al librero Francisco de Robles, y en cuyo valor éste apenas fiaba, como demasiado lo revelan el mal papel y la peor impresión de todo el tomo, tuvo seis ediciones durante el primer año, no tardó en ser reimpressa fuera de España y poco después apareció traducida en Francia y en Inglaterra. Maravilla la rápida fortuna del volumen, tan grueso relativamente, en aquellos días en que las comunicaciones eran tan difíciles.

Pero aquí me detengo. No es posible compendiar en breve artículo la historia del famoso libro. Mi única idea ha sido apuntar, recordar, con motivo del tricentenario, al contraste profundamente significativo, que todos han de notar, entre libro tan sereno, tan imparcial, tan sin amargura y la vida desastrada, intranquila, sin goces ni consuelos de su infortunado autor. Era un hombre maduro de cincuenta y siete años cuando entregó al editor el manuscrito de la primera parte, un anciano de sesenta y siete años cuando concluyó la segunda, que no es menos risueña ni menos alegre ni menos suavemente irónica que la otra. Ambas, sin duda, destilan finamente el amargo caudal de lágrimas acopiados en una vida entera de disgustos y pesadumbres, pero el tono constante de resignación y tolerancia mitiga siempre su amargura. El trágico contraste, presente sin cesar, impregna de alta poesía los episodios más aparentemente vulgares y la imagen del autor y de sus penas no se aparta del lector. Contraste dramático y perpetuo, fuente inagotable de belleza y de simpático interés, que aumenta a medida que se van conociendo los angustiosos detalles de tan larga vida de contrariedades y miserias.

París, enero 31, 1905.

[147]

